

PRÓLOGO.

estilo florido y conceptuoso, no distante de los originales que imitaba, y siempre agradable á la multitud que oye y no examina.

Cañizares tuvo presentes las mejores piezas francesas é italianas que se habian publicado en su tiempo; pero no conoció su mérito, y precisamente las imitaciones que hizo de ellas son lo peor de cuanto escribió para el teatro. Véase *El sacrificio de Ifigenia*, y se hallará un embrollo desatinado, compuesto de triquiñuelas de amor, estocadas, soliloquios, batallas campales, diálogos simétricos, baladronadas caballerescas, consejos de guerra, templo y aras, y la diosa Diana que baja cantando en una nubecita para dar fin á tanto delirio. Estilo gigantesco, atestado de metáforas y de imágenes monstruosas é inconexas. Agamemnon dice *que el monte dividido en dos puntas da al mar abrazos de arena*, y que la armada surta en el puerto *es una ciudad permanente de peñas sobre cimientos de espuma y cristal*; y entre estas bocanadas heroicas, alternan á cada paso con donaire de callejuela *Lola*, criada de *Ifigenia*, y *Pellejo*, lacayo de Aquiles. Esta comedia la hizo Cañizares (como él mismo advierte) *para mostrar las comedias segun el estilo francés*. También se atrevió á competir con Metastasio en la comedia intitulada *No hay con la patria venganza, y Temístocles en Persia*. Allí hay Magestades y Altezas, y se

PRÓLOGO.

XXI

habla del niño de la rollona, de los diablos, de los serafines, y de los ciegos que venden jácaras. Allí hay un insufrible gracioso llamado *Tulipan*, y un hijo de Temístocles que canta seguidillas: éste y las damas, y el infante Darico, celebran una academia ó certamen poético, y cada cual de los concurrentes responde cantando á las cuestiones delicadas que se proponen unos á otros. Allí hay ademas un concierto vocal é instrumental, con unas coplillas en que la rosa habla con el clavel de parte de la siempre-viva, y el clavel responde. En otra escena el Rey llama á un vaso de vino con veneno *denodado bruto y púrpura confeccionada*. Todo esto prueba demasiado que el buen Cañizares escribía sin conocimiento de los preceptos poéticos: su abundante vena le adquirió por espacio de medio siglo una celebridad popular, de aquellas que duran en la tiniebla del error, y que luego se disminuyen ó desaparecen á la luz de mejores doctrinas.

Fernando VI, muerto su padre, ocupó el trono en el año de 1746. La acción mas gloriosa de su reinado fue la de apresurarse á firmar la paz, despues de tan sangrientas é inútiles guerras. Su complexion flemática, su delicada sensibilidad, su instruccion no vulgar, la dura sujecion en que habia vivido siendo príncipe, todo le estimulaba á procurarse desahogos no conocidos, entregándose á las suaves inclinaciones que por tanto tiem-

po había tenido que reprimir. María Bárbara de Portugal, su esposa, congeniaba en gran manera con él: zelosa del decoro de la magestad, liberal, magnífica, inteligente en las bellas artes, profesora eminente en la música, apreciaba el mérito de los que dedicaban su estudio á cultivarlas. Se hallaban sin hijos, sin esperanza probable de tenerlos, y por consiguiente, bien distantes uno y otro de toda idea de ambicion: solo se prometian en su reinado abundancia y felicidad. Las flotas detenidas en la América debian enriquecer prontamente el erario: podian repararse muchos males con una administracion regular, y era de creer que libre ya la nacion de las calamidades que había sufrido, la corte adquiriria nuevo esplendor, dando lugar á los placeres que proporcionan la riqueza y el buen gusto en el ocio halagüeño de la paz, y asi sucedió.

Cuando la reina madre Doña Isabel Farnesio se trasladó desde el palacio de Buen Retiro á una casa particular junto á la plazuela de Afligidos, y despues al real sitio de San Ildefonso, deseó que continuára sirviéndola entre los cantores de su cámara Carlos Broschi, llamado Farinello, que algunos años antes había hecho venir de Londres para distraer con su voz suavísima la profunda melancolía de Felipe V; pero la reina Bárbara no quiso permitirlo, y Farinello se quedó en la corte con el título de criado familiar de S. M.

Farinello (dice Ricoboni en sus Reflexiones históricas) es el último y el mas joven de los músicos italianos de gran reputacion. Canta por el gusto de Faustina; pero segun la opinion de los inteligentes, no solo es muy superior á ella, sino que ha llegado al último grado de la perfeccion. En el año de 1734 fue llamado á Londres, en donde cantó tres inviernos con general aplauso: vino á París en el año de 1736, y despues de haber lucido su habilidad en las casas mas distinguidas adonde le llamaron favoreciéndole como merece, tuvo el honor de cantar en el cuarto de la Reina, y en aquella ocasion le aplaudió el Rey con tales expresiones, que toda la corte quedó maravillada. Cuantos le han oido le admiran, y es general la opinion de que Italia no ha producido nunca (y tal vez no producirá en adelante) músico tan perfecto. Actualmente se halla en España, destinado á cantar en el cuarto del Rey y de la Reina. Aquel Monarca, mediante sus liberalidades y las gruesas pensiones que le ha señalado, ha hecho la fortuna del señor Broschi, el cual por su parte ha sabido merecerla, no menos en atencion á su habilidad sobresaliente, que á la de sus méritos personales.

Era de presencia sumamente agraciada, como mostraba un retrato suyo pintado por Amiconi, que poseía don José Marquina, corregidor de Madrid: estimable cuadro, que en la noche del 19 de marzo del año 1808

pereció en las llamas al furor popular. Acostumbrado al estudio de las actitudes nobles del teatro, y á la frecuente conversacion de personas bien educadas, daba á sus palabras y movimientos el tono, la elegancia y el decoro que tanto interesan en el trato social. Su modestia era admirable: ni el distinguido favor de los Reyes, ni los obsequios de los mas ilustres personajes de la corte, que solian asistir á su antesala y solicitar con empeño las menores señales de su amistad, fueron bastantes á ensoberbecerle. A cada paso les recordaba él mismo su origen humilde, su profesion escénica; y solo convenia en que por uno de los caprichos de la fortuna se habia visto trasladado, sin mérito suyo, de las tablas de un teatro público á los pies de un Monarca empeñado en favorecerle. Asi confundia la torpe adulacion de los muchos que le fatigaban solicitando su mediacion y su amistad. Pudo influir eficazmente en los destinos de la monarquía, y jamas quiso tomar parte, ni aun remota, en los asuntos del gobierno. Los ministros, ansiosos de complacerle, anhelaban conocer sus deseos, y no pudieron lograrlo: ni quiso empleos, ni influyó en las resoluciones, ni elevó ni persiguió á nadie: tenia parientes en Italia, y á ninguno de ellos permitió que se presentase en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza acompañada de tanta moderacion.

A este hombre extraordinario se encargó la direccion del teatro del Buen Retiro, para que se hicieran en él óperas italianas, igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demas festejos durante la jornada; en suma, todas las diversiones del palacio se fiaron á su inteligencia y á su buen gusto. Broschi supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

Trajo á Madrid los mas excelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinistas y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacian algunas en el salon llamado *de los Reinos*, cubrian el piso exquisitas alfombras, las paredes colgaduras de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se colocaban estatuas: la iluminacion correspondia á todo lo demas: los músicos de la orquesta tenian uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoracion toda de cristal: en otra ocasion se iluminó la sala del concurso con doscientas arañas: en la ópera de *Armida placata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subia á sesenta pies de altura, sonando entre los árboles el canto de una mul-

titud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trages, muebles y utensilios del teatro, las comparsas (que á veces se componian de cincuenta mugeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armas, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veían al acabarse el espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos correderas compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran Monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.

Los poetas que escribieron las óperas, serenatas é intermedios desde el año de 1747 hasta el de 1758, fueron el abate Pico de la Mirandola, Pedro Metastasio, Migliavacca, José Bonechi y Pablo Rolli. Las piezas que se cantaron en el Retiro y en Aranjuez fueron estas. Óperas: *La clemenza di Tito*, *Angelica é Medoro*, *Il vellocino d'oro*, *Polifemo é Galatea*, *Artasserse*, *Armida placcata*, *Demophonte*, *Demetrio*, *Didone abbandonata*, *Siroe*, *Niteti*, *Il Ré pastore*, *Adriano in Syria*. Serenatas: *L'assilo d'Amore*, *La festa chinese*, *La nascita di Giove*, *L'isola disabitata*, *Le mode*, *La ninfa smarrita*. Intermedios: *Il Cavalier Bertoldo*, *La burla daverò*, *La statua*, *Il giuocatore*, *L'ucellatrice*, *Il cuoco*, *D. Trastullo*, *Il conte Tulipano*.

Por esta rápida enumeracion se echará de ver, que aquellos brillantes espectáculos dirigidos por un italiano y desempeñados por italianos, poco ó ningun influjo pudieron tener en el adelantamiento de los teatros españoles. Entre los músicos de la orquesta, solo don Luis Mison y otros dos ó tres instrumentos no eran extrangeros: entre los que cantaron solo hubo una actriz española: los artifices empleados en la pintura de las decoraciones, en la invencion y direccion de las máquinas, vinieron de Italia tambien. Se mandó que todas las piezas se imprimieran traducidas en castellano para distribuirlas á los concurrentes en la primera noche de su ejecucion. Se abrió el teatro con la ópera de *La clemenza di Tito*: encargóse á don Ignacio de Luzan la traduccion de ella, y la hizo, aunque en muy pocas horas, con el acierto que era de esperar: las que se imprimieron despues las tradujo un médico italiano llamado don Orlando Boncuore, que ni se avergonzó de suceder á Luzan en aquel encargo, ni tuvo escrúpulo de hacerse escritor en una lengua que no sabia. Sus traducciones pueden considerarse como otros tantos modelos de extravagancia y ridiculez.

En tanto pues que se admiraban reunidos en el Retiro todos los primores de la música, de la poesía, de la perspectiva, del aparato y pompa teatral, la escena española, miserable y abandonada de la corte, se

sostenia con entusiasmo del vulgo en manos de ignorantes cómicos y de ineptísimos poetas. De nada sirvió el haberse dado al corregidor de Madrid el título de protector de los teatros, con el encargo de la formación de compañías y el gobierno de ellas: la depravación de nuestra dramática pedía de parte de la suprema autoridad providencias más directas y más eficaces.

El pueblo que tan estragado gusto manifestaba, se hubiera engañado mucho menos en sus juicios, si no se hubiese dejado sojuzgar por la opinión de ciertos caudillos que por entonces le dirigian, tiranizando las opiniones y distribuyendo como querian los silbidos, las palmadas y los alborotos. Los apasionados de la compañía del Príncipe se llamaban *Chorizos*, y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro: los de la compañía de la Cruz *Polacos*, con cinta en el sombrero de azul celeste: los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nombre de *Panduros*. Había un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco, gefe de la parcialidad á que dió nombre, atolondrado é infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinión de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corria de una parte á otra del teatro animando á los suyos para que dada la señal de ataque, interrumpiesen con alaridos, chillidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los Chori-

zos, si por desgracia no habian solicitado de antemano su aprobación, al mismo tiempo que sostenia con exagerados aplausos cuantos disparates representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista. Otro fraile francisco llamado el P. Marco Ocaña, ciego apasionado de las dos compañías, hombre de buen ingenio, de pocas letras, y de conducta menos conforme de lo que debiera ser á la austeridad de su profesion, se presentaba disfrazado de seglar en el primer asiento de la barandilla inmediato á las tablas, y desde allí solia llamar la atención del público con los chistes que dirigia á los actores y á las actrices: les hacia reir, les tiraba gragea, y les remedaba en los pasages más patéticos. El concurso, de quien era bien conocido, atendia embelesado á sus gestos y ademanes, y el patio cubierto de sombreros chambergos (que parecian una *testudo* romana) palmoteaba sus escurridades é indecencias (*).

Entre este desorden y barahunda seguian represen-

(*) No es nuevo en el mundo que las congregaciones más santas y venerables ofrezcan algunas escepciones de individuos que correspondan mal á la pureza y espíritu de su instituto. Ejemplos hay de ello, empezando por el mismo Colegio Apostólico. Debemos darnos la enhorabuena por la felicidad de nuestros tiempos, en que además de la reforma que en la parte moral experimenta el teatro, ha desaparecido totalmente la clase de escándalo de que aquí se hace mencion, y solo se reciben de los Ordenes religiosos lecciones de piedad, recogimiento y decoro. (*Nota de la Academia.*)

tándose las comedias que daban á luz los pocos y mal cultivados ingenios, que muerto ya Cañizares, querian ser sus imitadores y no acertaban á conseguirlo. Tales fueron don Manuel de Iparraguirre, don José Ibañez y García, don José de Lobera y Mendieta, autor entre otras, de una comedia intitulada *La muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la venerable orden tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo*: don Antonio Frumento, Marcos de Castro, Vicente Guerrero, uno y otro cómicos: el P. Juan de la Concepcion, Manuel Guerrero (cómico tambien y ademas canonista y teólogo), don Manuel Daniel Delgado, don Antonio Camacho y Martinez, y otros de la misma escuela. Don José Julian de Castro, poeta de ciegos, no desprovisto de gracia y facilidad para sus romancillos y jácaras, dió al teatro la comedia intitulada *Mas vale tarde que nunca*, en la cual hay privado perseguido, trueque de puñales, batida general, con aquello de *á la cumbre, á la espesura, al monte, al valle, á la selva*; preso que se lamenta de su desgracia glosando coplas; lacayo entremetido, equivoquista y sucio; pasito de cárcel entre el leal y el traidor, y el Rey que los escucha desde un rincon. Cuantos desaciertos se hallan esparcidos en las comedias de aquel tiempo, otros tantos se hallarán hacinados en esta.

Don Blas de Nasarre en el año de 1743 habia recomendado en el prólogo que puso á las comedias de Cervantes las mas conocidas reglas del arte dramático. Luzan tradujo y publicó una comedia de Mr. de la Chaussée, con el titulo de *La razon contra la moda*, la cual ni entonces ni despues se ha visto en el teatro. En los años de 1750 y 51 dió á luz don Agustin de Montiano y Luyando dos tragedias originales intituladas *Virginia* y *Ataulfo*, nunca representadas, y de las cuales existe una traduccion francesa. En ellas confirmó su laborioso autor aquella sabida verdad de que pueden hallarse observados en un drama todos los preceptos, sin que por eso deje de ser intolerable á vista del público; y de que para acercarse á la perfeccion en este género, no basta que el autor sea un hombre muy docto, si le falta el requisito de ser un eminente poeta. Don Juan de Trigueros en el año de 1752 dió á la prensa, traducido en excelente prosa castellana, el *Británico* de Racine. Don Eugenio de Llaguno y Amfrola publicó en el de 1754, traducida en muy buenos versos, la *Atalia* del mismo autor. Nada de esto pasó al teatro.

La corrupcion era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vaciedades á la juventud, no verdades útiles: lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discípulos, se le perver-

tia inhabilitándolo para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias. En los pulpitos, según se lamentaban preladados zelosos y respetables, se había introducido la costumbre de predicar sermones disparatados y truhanescos; tejido informe de paradojas y sofisterías, metáforas, antítesis, cadencias, juguetes insípidos de palabras, erudición inoportuna, aplicación reprensible de los textos sagrados á las circunstancias más triviales, lo más divino confundido con lo más indecente, la sublime y celestial doctrina de Jesucristo con las preocupaciones y cuentos del vulgo, y todo salpicado de bufonadas y chistes groseros. En los tribunales no se usaba ni mejor lógica ni más delicado gusto. El espíritu y la aplicación de las leyes se embrollaban con las diferentes cavilaciones de los glosistas: suplíase la falta de filosofía, de historia, de erudición, de verdadera elocuencia con retruécanos, paranomasias, adagios, cuentos y seguidillas. Tal vez ganó el pleito quien más supo hacer reír á los jueces; y así se defendían los intereses, los derechos, la vida y el honor de los hombres.

Entre los desaciertos del teatro, no era el menor la representación de los autos sacramentales. El ángel Gabriel anunciaba á la Virgen (papel que desempeñaba la célebre Mariquita Ladvenant) la encarnación del Verbo, y al responder, traducidas en buenos versos castellanos, las palabras del Evangelio: *Quomodo fiet istud,*

quoniam virum non cognosco? los apóstrofes hediondos del patio y las barandillas dirigidos á la cómica, interrumpían el espectáculo con irreligiosa y sacrilega algazara, y hacían conocer á muchas madres cuán mal habían hecho en llevar consigo á sus hijas honestas. Una muger con la custodia en las manos, acompañada de los coros, cantaba en procesion el *Tantum ergo*. La primavera, el apetito, el alma, el cuerpo, la culpa, la gracia, el cedro, la rosa, el domingo, el lunes y el martes, la gentilidad, el mundo, el olfato y todos los sustantivos del diccionario, eran interlocutores en aquellas fábulas. En una salía san Pablo con su montante enseñando á esgrimir á la Magdalena: en otra se decía que la Samaritana vive en la calle del Pozo, y que Jesucristo murió en la de las tres Cruces: en otra se aconsejaba á san Agustín que se fuese al hospital de san Juan de Dios. Así estaba el teatro cuando vino de Nápoles el Sr. D. Carlos III, quien por un justísimo decreto puso fin á los indicados escándalos, prohibiendo la representación teatral de asuntos sagrados.

Don Nicolás Fernández de Moratín, estimado generalmente como uno de nuestros mejores líricos modernos, compuso á instancias de Montiano, su amigo, una comedia intitulada la *Petimetra*. Esta obra impresa en el año de 1762 carece de fuerza cómica, de propiedad y corrección en el estilo; y mezclados los de-